

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

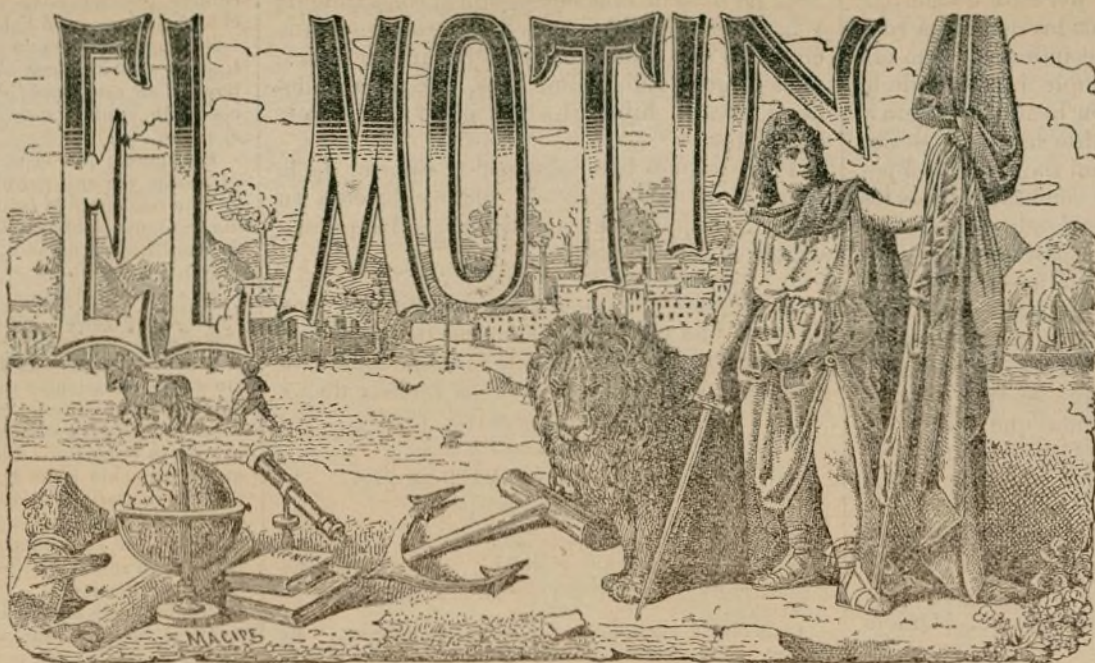
Tres meses.	8
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO.	0,75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



PERIÓDICO SATIRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 82.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

UN EPISODIO DRAMÁTICO

Titulándose *Patria y Libertad* y siendo su autor Marcos Zapata, casi es inútil añadir que abundan en él los pensamientos grandiosos, expresados en versos elegantes, sencillos, rotundos y valientes, pues hace años que Zapata viene monopolizando la poesía patriótica y honrando la castellana.

Estrenado en el teatro de Variedades la noche del 4 del actual, el episodio ha llenado el local todas las siguientes, porque aún hay numeroso público que sabe distinguir el oro del *doublé*, y se deleita escuchando los versos de Zapata, los más hermosos y calderonianos que se declaman hoy en la escena.

Como no pretendo hacer la crítica de la obra, sino patentizar algunas de sus muchas bellezas, diré que la acción pasa el día 2 de Mayo de 1808 en Madrid, y que figura en ella el bravo capitán D. Luis Daoiz. Y ahora empezaré a copiar.

Hablando la esposa de Daoiz con su abuelo, dice:

ELENA. Desde que usted, abuelito, se obstina con tanto afán en sembrar desconfianzas que es peligroso sembrar...
D. FER. ¿Por qué?
ELENA. ¿Porque Luis se debe á la Ordenanza!
D. FER. ¿Sí?... ¡Bah!
ELENA. ¡Al honor y disciplina, como todo militar!
D. FER. ¡Pues Luis y todo soldado, deben morir por la patria cuando se la quiere hollar!
ELENA. ¿Qué setenta años!
D. FER. ¿Acaso

la vergüenza tiene edad?
A vista del extranjero me parece remozar, y siento correr mi sangre como inflamado alquitrán. ¡Todavía el setentón puede un fusil manejar en defensa de la azada que abriendo su huesa está!

Más adelante dice Daoiz á su esposa, que le suplica que no falte á la Ordenanza:

DAOIZ. ¿Qué es la razón cuando la patria gime?
¡Un arranque bravío, un hierro que se esgrime, himnos de gloria ó cantos funerales, libertar la nación de tantos males y arrojar de su seno á quien la oprime!

Paso por alto unas quintillas de la misma escena, porque con decir que son de Zapata basta para saber que son magníficas, y traslado el monólogo del simpático asistente de Daoiz:

ANDRÉS. ¿Quedarme yo en esta casa mientras el amo se bate?
¡Imposible! ¡Que me mate primero una bala rasa!
¿Qué se dirá de Aragón, cuando hay que matar franceses, si algunos aragoneses no acuden á la función?

Se dirá que Andrés Sopena, hijo y natural de Jarque, no ha *fejurado* en el Parque al repartirse la leña.
¿Y quién me lo impide? ¿Quién?
¡Uno que se insubordina y falta á la disciplina!...
Pues me sublevo también. Para tener libertad y seguir de ella gozando, hay que hacer de cuando en cuando alguna barbaridad.

Asistente que al final, al ver muerto á Daoiz, y que llevan á fusilar al anciano padre de Elena, se presenta y exclama:

ANDRÉS. (¡Voto á tal!)
(¡Aquí entro yo!) ¿General?
GENERAL. ¿Quién llama? ¿Quién eres tú?
ANDRÉS. ¿Yo? Cualquiera: el Padre Eterno disfrazado de asistente...
¡que acude oportunamente para enviarte al Infierno!
(Le da con el cuchillo y le arroja de espaldas sobre el escenario.)
GENERAL. ¡Traición!
ANDRÉS. ¡Muere! ¡En sangre tinto viéndote estoy y no me harto!
¡Este es el número cuarto!
¡Vamos á buscar el quinto!

Así termina el episodio, que no sólo por sus inimitables versos, sino por su grandísimo interés dramático, se preparan á poner en escena casi todos los teatros de declamación.

Si esto hiciera que Zapata rompiera la íntima amistad que hace años le une á Doña Pereza, las letras patrias estarían de enhorabuena.

Y digo esto, á pesar de estar en el secreto de que escribe actualmente una leyenda titulada *Maria Pita*, firme en su propósito de cantar y enaltecer las glorias patrias.

Si la hiciera antes de diez años, me llevaría un chasco agradable.

BEATA DE PROFESIÓN

Cuando, huérfano y pobre, abandoné mi aldea nativa para venir á refugiarme en casa de mi tía Pascuala, aún estaba ésta muy conservadita, muy frescachona, de *buen ver*, como vulgarmente se dice.

Confesaba cuarenta y dos años, y permanecía soltera y virgen... (piadosamente pensando). Tenía ahorraditos algunos miles de duros, y aparte de esto una pensión vitalicia que le había dejado consignada en el testamento aquel egregio varón, aquel portento de virtud, aquel bienaventurado Fray Vicente á quien en vida había mi tía prestado muchos y buenos servicios.

Era la buena señora muy piadosa, muy morigerada en sus costumbres, muy rigurosa en sus ayunos y abstinencias, muy temerosa de Dios, y no digo que muy amable en su trato, porque aún conservo salvo la parte un chichón que me hizo al tirarme un zapato un día que

No sé por qué se me figuró que era un poquito avara; tal vez suposiciones mías, pero ello era que me tenía rabiando de hambre. El buzo más experto se hubiera visto en un gran apuro para encontrar un garbanzo en aquellos mares de caldo transparente y cristalino con que todos los días me obsequiaba.

Y me decía, acotándome con los Santos Padres: «La bestezuela de la carne no se sacia nunca; cuanto más se le da, más quiere.» «Acostúmbrate á dominar tus apetitos, y te saciarás de manjares divinos.»

Y luego, arrimando el ascua á su sardina, ó sea el Evangelio á su propia conveniencia, añadía con todo el énfasis de un padre grave: «No tan sólo de pan se mantiene el hombre... etc.» Con todo lo cual me quedaba yo en tales éxtasis de fervor piadoso, que se me abría una boca como un pan de dos libras.

Respecto al sustento espiritual, no habrá jamás hartura que pueda compararse á la que yo disfrutaba.

En cuanto clareaba el día y las monjas del Sacramento tocaban á maitines, ya estaba mi tía dándome voces desde su cama, exhortándome á la oración matutina.

—¡Pero, muchacho! ¿Duermes todavía? ¿No has oído la campana?

—Sí, señora, contestaba yo. He oído así... como campanas, pero no sé dónde.

—Despábilate y haz la señal de la cruz. ¿No tienes agua bendita en la pililla?

—No, señora... Como anoche se me olvidó poner agua para el gato en la cazuela, se conoce que el animalito ha tenido sed y se ha bebido el agua bendita.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué profanación! En castigo, hoy te quedas sin chocolate.

—¡Justo! ¡Eso es! Hace un mes lo menos que no lo tomo. Ayer porque me ref en la iglesia... anteayer porque me dormí rezando el rosario... el otro día porque el viento me apagó la vela del Santísimo... el asunto es que todos los días me deja usted en ayunas.

La condición más famosa de mi tía era que cada lunes y cada martes me traía hecho un zarandillo enviándome á la parroquia para avisar que le trajesen el Viático. En cuanto cogía un mal constipado, ya me estaba diciendo: «Hijo, anda ve á la parroquia y que me traigan eso.»

Y tantas veces hacía venir al cura, tanto abusaba de los sacramentos, que llegó á atufarse el padre de almas, y un día que le trajo el Viático y la encontró sentada en un sillón tomándose una jicara de chocolate, se cuadró y le dijo:

—¡Pero, señora!... ¿Usted se ha creído que el Santísimo Sacramento se puede traer diariamente á domicilio, como la leche de burras?

En vista de la negativa del cura á traerlo á casa el pan eucarístico, todos los días iba á consumirlo en el propio establecimiento; y no era lo peor que ella fuese, sino que á las seis de la mañana me hacía cargar con la silla de tijera y *El devoto feligrés*, y andandito hacia la iglesia.

Gran pecadora debía ser mi tía, porque, á pesar de que todos los días se confesaba, todos los días se llevaba una hora charlando con el cura. Después comulgaba, tomaba posesión de su silla y permanecía en el templo hasta que todos los fieles se marchaban y un monaguillo (con quien yo anduve al morro) se acercaba de muy mal humor, y, agitando un manojo de llaves, le decía:—¡Vamos, señora, que se va á cerrar!

¡Cuánto sufría yo teniendo que oír ó ver diez ó doce misas diarias! ¡Con qué ansia esperaba á que mi tía se quedase en uno de sus arrobamientos místicos, para tomar el portante y hacer la procesión *del niño perdido*! Lo malo era que las más de las veces me pescaba *infra-ganti* en mis conatos de fuga, y cogiéndome por un brazo me pellizcaba, diciéndome: ¡Quieto aquí, hereje!

Y luego, alzando la voz y poniéndome en escena ante los fieles, que con la risa en los labios nos miraban, me daba instrucciones del modo de oír misa. ¡Santíguete! ¡Di la confesión! ¡Ponte en pie, que están leyendo el Evangelio! ¡Arrodíllate! ¡Date golpes de pecho! ¡Vuelve á levantarte!

¡Vamos, que me volvía tarumba!

Aún recuerdo la mañana aquella en que mi tía pescó la pulmonía que la condujo á la tumba.

Era una de las más crudísimas del invierno: se celebraba la fiesta de *La Candelaria*; el altar mayor estaba cuajado de cirios y velas; una multitud de fieles ocupaba el templo.

A causa del calor que la combustión de las velas despedía, la aglomeración de las gentes y las masas de humo con que los incensarios llenaban el ambiente, se hacía imposible la respiración.

Un acólito, á quien sin duda molestaba aquella atmósfera, tiró de la cuerda que pendía de la aldabilla de una ventana, y al abrirse la ojival vidriera, con sus angelotes de colores de pimientos y tomates, penetró la ráfaga de viento que traía en sus alas la saeta que había de matar á tan estúpida beata.

—¡Ay, hijo mío!—me dijo cuando, sintiéndose enferma, abandonamos la iglesia y llegamos á casa.—Vete á buscar á D. Luis... ya sabes... el sobrino de mi difunto amo, y dile que venga. Siento así un dolorcillo en el costado... ¡Ah! Espera. Antes de irte reza una salve á la Virgen para que me ponga buena, y... calienta una bayeta para ver si entro en reacción.

Acostóse mi tía, avisó á D. Luis, que dejó con un palmo de narices á una penitente que estaba confesando. Llegamos los dos, y vimos que mi tía, tan coloradota de suyo, estaba pálida como un cadáver.

Mucho me extrañó el ver que D. Luis lloraba como una mujercilla; pero más me sorprendió el que, aprovechando un movimiento de cabeza que yo hice, plantificase á mi tía el más sonoro beso de que hacen mención las crónicas clericales.

—Anda—dijo mi tía,—avisa el Viático.

Y cumpliendo su orden, salí con dirección á la parroquia, quedando en la alcoba mi tía y el presbítero.

Cuando le dije al cura que llevase el Viático, puso una cara como un demonio, y exclamó:

—¿Otra vez volvemos á las andadas?

—No, señor; ahora va de veras. Mi tía está enferma de verdad.

—Nicolás—dijo el cura dirigiéndose á un acólito,—apaña los trastos y vamos á ver si ésa... revienta de una vez.

Administráronle los Sacramentos. Para darle la Extremaunción, costó Dios y ayuda abrirle la mano derecha: tenía en ella una moneda de cinco duros.

A las doce de la noche perdió el conocimiento y la acometió un fuerte delirio, prorrumpiendo en frases que á mí me parecieron incoherentes, tales como: ¡Luis! ¡Por Dios, que no abandones á nuestro hijo! ¿Lo has oído? ¿Que no le abandones!

Poco después batallaba con el estertor de la muerte; menudas gotas de sudor cubrieron su frente; después intentó hablar... Después... exhaló el último suspiro.

A los pocos días se abrió el testamento, y en él había una cláusula que me partió por el eje:

«Nombró heredero de mis bienes á Luis San José, expósito número... de la Inclusa de...»

JOAQUÍN G. LOSADA.

SERES DESGRACIADOS Y SERES DICHOSOS

Entre los primeros, ciertamente que no existe otro más digno de lástima que el diablo; así como, entre los segundos, los más favorecidos son los curas.

Veamos. Llamadle á cualquier cristiano *pobre hombre*, y de seguro os contestará: ¿Yo pobre? Más pobre es el diablo.—Y tiene razón.

Pues preguntad á otro: ¿Quién es ése?, y con frecuencia oiréis esta respuesta: ¡Un pobre diablo! Lo cual quiere decir en buen romance, que este señor, á pesar de su fama respetable, no pasa de ser un *quidam* que ni pincha ni corta.

Y en efecto, por los últimos partes del Infierno sabemos que la vida allí anda muy cara. El pan va á cuerno de mahometano la libra, los garbanzos á pluma de periodista liberal, la vaca á colmillo de cesante, y la copa de vino á estómago de obrero.

Sólo la carne de iglesia y otros manjares indigestos son baratos; pero los diablos están tan hartos de ellos, que no los quieren ya ni de balde y los destinan para estiércol.

La industria, el comercio, las artes, los oficios y las letras se encuentran en la agonía, por la ruinosa competencia que por acá les hacen las gentes monásticas.

Con la agricultura y la minería sucede lo mismo, pues como el Infierno está debajo de la Tierra, ésta le ofrece sus producciones al revés, es decir, cabeza abajo y raíces arriba, cuya savia se chupan desde aquí bonitamente los curas, dejando las plantas secas y birlando impunemente todos los metales.

En cuanto á la marina, no hay que hablar; porque, desde que en el mundo hay revoluciones liberales, no navega por aquellos mares más que la barca de Quoronte, que siempre va cargada de místicas mercancías, las cuales no abonan ni siquiera un céntimo por tonelada.

Las contribuciones no se pagan; las rentas no se cobran; á diario estallan pronunciamientos y motines, y todo el mundo quiere ser ministro ó por lo menos empleado con doce mil reales, viviendo las instituciones de milagro.

Y todo por los curas y sus protectores, que han puesto con sus tretas tan flacos á los cuerpos, que ya no tienen fuerzas ni para espantar las moscas de sus narices, y tan hinchadas á las almas, que asemejan cueros llenos de aire, sin que nadie se entienda: almas ni cuerpos, gobernantes ni gobernados.

Y como Luzbel, por más diabluras que hace en este mundo, de nada le sirven, porque todas las cobran las gentes de solana, privándole así de los enormes ingresos indirectos y estancados con que creía poder salir de apuros; y como tampoco puede conseguir hacer subir la Bolsa en el Infierno para realizar sus economías, consistentes en papel de la Deuda, que pagó muy caro; ni menos levantar empréstitos, porque la Iglesia lo ha desacreditado ante los capitalistas extranjeros, anda el pobre dado á todos los bonetes, mitras y tiaras de la Tierra, jurando y maldiciendo de su suerte, con un humor de trescientos mil exclaustrados, más perdido que Caparrotta y más tronado que Arpavieja.

Ahora se propone subastar el rabo, que es lo único que de algún valor le queda; porque en cuanto á los cuernos, las uñas y los dientes, se le han estropeado á fuerza de enganchar, trincar y masticar papas, obispos, clérigos, frailes, monjas, beatos y beatas y otras alimañas del gremio negro; mas, si no hacen puja algunas beatas feas, ricas y menesterosas, se presume que la subasta quedará desierta y que Satanás concluirá por suicidarse para vengarse de una vez de capas pluviales y manteos.

Véase, pues, cómo la posición política, social, particular y financiera de ese ser tan temido y calumniado es, por cierto, bien poco envidiable.

Y vayan ustedes á creer ahora á las gentes cristianas cuando dicen que *el diablo*, no teniendo que hacer, con *el rabo* caza moscas.

¡Sí, sí! ¡Ahí le sobra el tiempo para dedicarse á caerías mayores, ni para que le dejen sus negocios andar tan despacito que las moscas se le pongan á tiro de cola! ¿Qué más quisiera el pobre que eso para parecerse á otros magnates de la Tierra!

Convenido en que Satanás en sus dominios ordinarios es un rey en extremo desgraciado, veamos si por acá le trata en sus empresas con más mimo la Fortuna.

Vamos á referirnos en primer término á cualquiera mujer, con tal que sea joven, guapa, monja ó devota por lo menos, y amiga privada ó pública de algún sa-

cerdote, circunstancias indispensables para que los hechos de que vamos á hablar se realicen.

Supongamos que esta señorita sufre una noche la distracción de entregarse al sueño (ó al diablo, como si dijéramos en este caso), dejando sin guarnecer con cruces algún punto importante de su cuerpo, la boca por ejemplo.

El demonio que la acecha, envidioso del cura, llega callandito y... zas, por allí se le mete.

Y ya tenemos á la beata iluminada que se levanta al día siguiente blasfemando del Dios que la crió y de todas las vírgenes, ángeles, santas y santos de la Corte Celestial.

Mas ella, no obstante, adivina dónde hay tesoros escondidos sin dueño; por dónde van las corrientes subterráneas (lo cual es verdad); si habrá buena cosecha ó no la habrá; la suerte ó la desgracia venidera de sus convencios; los casamientos que se realizarán; las pestes, las hambres y las guerras (sobre todo si son carlistas) que vendrán por castigo divino; y en una palabra, todo cuanto reserva el porvenir á los mortales, bueno y malo; porque el demonio le ha hecho cría en el cuerpo, como la lombriz solitaria, y cada cachi-diablillo (que lleva su nombre de santo, por supuesto, como cualquier cristiano) tiene su genialidad distinta y está encargado de presidir un ramo especial de los que constituyen el arte de las adivinaciones.

Pronto cunde la voz de tan natural acontecimiento, y acude el pueblo presuroso á consultar con la energúmena sus cuitas, la cual, entre risas y llantos, saltos y locuras, responde bien ó disparatadamente á las preguntas que le hacen, según el humor que los diablos tienen.

Y... ¡cosa extraña! Vienen también de balde varios frailes y sacerdotes á exorcizar á la paciente, guiados por su celo religioso, disparándole cien mil infundios por minuto.

Pero los diablos ¡cá! como si tal cosa; no salen ni por ésas del cuerpo de la feliz muchacha.

Vista la poca gracia de los diestros, que son silbados por los espíritus malos, se llama con insistencia reverente al padre maestro amiguito de la interesada, quien, más orgulloso que Frascuelo al presentarse en plaza, practica con acento más enérgico y ademanes más imperativos, parecidos trabajos á los de sus colegas desairados; mas los demonios, á pesar de mostrarse algo más intranquitos y contrariados, se obstinan en sus trece, lo cual obliga al caritativo sacerdote á encerrarse á solas con ellos y la endiablada, repitiendo la encerrona muchos días.

Excusamos decir que los circunstantes esperan en una pieza inmediata, muy ansiosos, el resultado de cada operación, sentados y cubiertos; es decir, con el gorro puesto.

Por fin, cuando el buen padre cree que la cosa se encuentra bien madura, manda que públicamente lleven al templo la interesada; la coloca frente al altar mayor, dice una solemne misa para tomar alientos, y en medio de las blasfemias, chillidos y contorsiones más grotescas y extravagantes de la poseída, da comienzo al gran conjuro.

—¡Bestia infernal!—exclama derramando hisopazos y cruces;—¡hijo de las injurias, huye de ese cuerpo cristiano que me pertenece y déjalo puro y limpio como estaba!

Pero el diablo se ríe de la ocurrencia y con voz de triple contesta:

—¡Quítate de ahí, feo, mamarracho, embustero, cuco, pillo! ¡Bien sabes tú que es imposible!...

Entonces el padre, enfurecido, coge á Dios por el mango, es decir, á Cristo por los pies, y exclama:

—¡Ea, fuera de ahí pronto, que el Señor te lo mande!... ¡Bribonazo!... ¡Tunante!... ¡Porque si no!...

El espíritu malo no puede resistir á la actitud agresiva del cura, ni menos á sus ilustradísimas razones, y haciendo pucheros dice, medio llorando y medio cantando, entre la general ansiedad:

—¡Oh! ¡Morir tan joven!... ¡no!... ¡no!... ¡no!... ¡No me mates... no me mates... déjame vivir en paz!... Ni me castigues más, bellaco, que yo saldré; pero por la cabeza te de hacerlo.

—De ningún modo—contesta el padre,—que te llevarás los sesos.

—Pues será por el pecho.

—Tampoco, que le robarás el corazón.

—Pues por la boca.

—¡Ah granuja! ¡eso querías tú! ¡Ni que lo pienses, porque te quedarías con la lengua!

—Entonces saldré por el vientre.

—Mucho menos, que es parte muy sensible y lastimará la criatura. ¡Sal por las pestañas!...

Y dando un gran chillido, el diablo y su prole desaparecen por los sombríos puntos indicados.

El pueblo se queda con tamaño boca abierta, la fama de santidad del padre arrecia, sus visitas á la ex-endemoniada continúan, las misas van, el dinero viene á expensas de las diabluras del diablo, los ciegos hacen su negocio vendiendo en las calles y mercados el milagro y... hasta otro, que será más gordo.

¡Pero vayan ustedes, lectoras mías, á meterse á cristianas predilectas de los curas, para que luego, á pesar de la crisma, se les entre á ustedes el diablo en el cuerpo como Periquito por su casa y les cause tamañas averías!

¡Y envíen al demonio, caballeros, cuando al pobre ni siquiera lo dejan parar donde puede vivir cualquier microbio y aun otros seres de mayor cuantía!

¡Vamos, lo dicho! El rey de las tinieblas es un reyezuelo cualquier-cosa en extremo desgraciado.

Mas no son esas solas sus desdichas; entre otras sin cuento, sucede con frecuencia que á una prójima le da por marcharse clandestinamente con su prójimo.

Bueno; pues la gente dice que se la llevó el diablo ó

que la tentó el diablo, cuando quien se la lleva y quien la tienta es un cristiano, ó un turco, por ejemplo.

—El diablo—dicen otros—hizo aquel casamiento.—Y aquí tienen ustedes á todo un rey ejerciendo el poco airoso empleo de casamentero gratis, sin conocer siquiera á los contrayentes, que le han pagado al cura los buenos oficios de su mal correspondido protector.

—Fulano es de la piel del diablo.—Y con la mayor facilidad deja éste otro al demonio sin pellejo, como conejo desollado.

—¡Que cargue el diablo contigo!—Aquí, en un periquete, convierten á S. M. en mozo de cordel.

—Aquél le tira de la cola al diablo—se oye á cada instante. Y ya tenemos al gran genio cogido y preso, á disposición de cualquier botarate, resultando además ser un tonto, puesto que con tal facilidad deja que jueguen con lo que de más respetable tiene.

Quién hay que dice muy formal:

—Fulano sabe más que el diablo.

De manera que éste lo considera sabio y listo. ¿En qué quedamos?

Aquél otro añade:

—Sí, sí, detrás de la Cruz el diablo.—Y aquí verán ustedes cómo no queda un condecorado caballero de alto ni de bajo vuelo que no lleve al diablo metido en el corazón.

Además, como detrás de la cruz van sólo los cristianos, resulta que entre ellos se encuentra necesariamente siempre el diablo. Como si dijéramos, entre los suyos.

Y ahora caigo por qué colocan invariablemente en los altares la cruz de cara al público.

Pero ¿y detrás de las que llevan los curas, frailes, monjas, ermitaños y beatos entre camisa y cuero, ó entre sayo y camisa, quién hay? ¿Y las que llevan los carlistas en los escapularios que les nacen? ¿Pues claro está que el diablo!

Y á todo esto, sin que el interesado pueda defenderse de tanta calumnia, tanta contradicción y tanto insulto. De todo lo dicho se deduce:

Que el diablo, á pesar de ser el decano de los reyes, es humilde, débil, calumniado, pobre, explotado, y encima maldecido desde los cuernos hasta el rabo.

Y que los curas, no obstante su humildad jurada, son soberbios, potentes, alabados, ricos, explotadores, y por contra bendecidos desde el bonete hasta el zapato.

¿Quieren ustedes aún más grande desgracia para el uno, ni fortuna mayor para los otros?

USPANU GAUTIER.

Á UN PERIÓDICO DE LOJA

¡Arre allá! ¿Qué creías? ¿Que iba yo á contestarte? Veo que eres tan presumido y ambicioso como tonto y desvergonzado.

Si me hubieras visto reír leyendo el artículo que contra mí escribiste en tu número 106, de seguro que te quedas corrido como una mona, y más si me oyes exclamar al terminarlo: «Aunque no escribo fábulas, me parezco á Eso-po en lo de hacer hablar á los animales.»

¿Hablar he dicho? ¡Maldita costumbre ésta de aplicar las palabras fuera de su acepción recta y sin tener en cuenta la propiedad ni el sujeto! Rebuznar debí decir.

De seguro que pensaste así al tomar la pluma: «Nadie se ocupa de mí, y sólo diez ó doce sacristanes saben que existo; diciéndole unas cuantas insolencias á EL MOTÍN, me nombrará al devolvérmelas, y así saldré de los abrumadores y para mí infranqueables dominios del incógnito.»

¿Á que pensaste esto? Confíesalo: sin vergüenza. Como si estuvieras entre jesuitas. ¿Callas? ¡Ah, pobrete! Ese silencio te delata. Ciertas son mis sospechas. La vanidad, la pícara vanidad te ha impulsado en esta ocasión. Para castigarla, no haré que tu nombre manche la nivea blancura (aprende á emplear frases bonitas y cursis, cacho de... mestizo) la nivea blancura del papel en que escribo.

Mas no. Ahora caigo en las razones que te han movido á hombrearte con este periódico saleroso. Como hace días ofendiste al obispo en aquella cuestión de ochavos, has querido hacerle esta función de desagrazios.

Por cierto que leí la rectificación ó retractación que le atizaste después, y, francamente, me tapé la cara con las manos. Por ella comprendí que ignoras lo que es la Prensa, como ignoras otras muchas cosas cuando sigues exhibiéndote desde aquel día.

Para terminar, oscuro periodiquito, te daré un consejo, y es que seas comedido en adplante, pues donde menos se piensa salta uno como yo, que se rebaja á emplear tu mismo estilo para ponerte las peras á cuarto, con gran alegría y chacota de tus conocidos.

¡Porque cuidado si se van á reír en Loja de

tí, en cuanto lean estos renglones que me digno consagrarle! Si te sirve de lección para lo futuro, llegará un día en que me bendigas por la lección que te he dado.

Sólo en un caso me arrepentiría de haberlo hecho, y es si supiera que el artículo lo había escrito ese infeliz que cobra cinco reales diarios por llenar tus columnas y emplearse en otros oficios; pues comprendo que la necesidad obliga á mucho, que quien sirve no es libre, y no hay responsabilidad donde la obediencia ciega es un deber.

Y ahora, adiós, hermoso, y di cuanto te acomode contra EL MOTÍN, en la seguridad de que ni he de leerlo siquiera, porque no todos los días estoy de humor de echar un rato á perros, y sé además, por testimonio de gran autoridad para ti, que no deben echarse margaritas á...

Seré generoso hasta lo último, y te concederé el honor de que gruñas tú la palabra que falta.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

En el *Boletín oficial* de la provincia de Guipúzcoa, correspondiente al día 1.º del actual, leo con extrañeza el siguiente escrito:

«D. Antonio de Egaña, juez municipal de la ciudad de San Sebastián, ejerciendo funciones del de primera instancia de la misma.

«Por la presente se cita, llama y emplaza á los procesados Pedro Harizpe y Duhart, natural de San Juan de Luz (Francia), vecino de esta ciudad, hijo de Domingo y María, de edad de treinta años, sacerdote, ex-director del Colegio de Santo Tomás de Aquino de esta misma ciudad, de estatura regular, pelo rubio, sin barbas, ojos grises, color sano, nariz regular; que viste sotana, zapatos y sombrero negros; y á D. Juan Larrién y Casamayor, vecino de esta ciudad, subdirector y administrador del repetido Colegio de Santo Tomás de Aquino, natural de Verdets (Francia), tonsurado de órdenes menores, de edad de veintisiete años, hijo de Pedro y de María Juana, de estatura regular, pelo castaño oscuro, sin barba, nariz regular, color sano, ojos azules; viste sotana, sombrero y zapatos negros; cuyos actuales paraderos se ignoran; para que dentro del término de diez días comparezcan en este Juzgado con el fin de que se notifique el auto de conclusión de sumario, dictado en la causa que contra los mismos se sigue por robo, y sean citados y emplazados para ante la Audiencia de lo Criminal de esta capital; pues de no hacerlo así serán declarados rebeldes y les parará el perjuicio á que en derecho haya lugar.

«Y encargo á todas las autoridades y agentes de la Policía judicial procedan á la busca y captura de los expresados individuos y los pongan á disposición de este Juzgado en la cárcel del partido, con las seguridades necesarias.

«Dado en San Sebastián á veintisiete de Noviembre de mil ochocientos ochenta y seis.—Antonio de Egaña.—P. S. M., Licenciado, Pedro Buenechea.»

¡Parece mentira! ¡Hasta las autoridades judiciales apelan ya á la calumnia para desacreditar á los honrados ministros del Señor! Ni cortándolo en pedacitos pagaba el endemoniado MOTÍN el mal que ha causado al humilde y virtuoso clero.

Pasaba hace pocas noches por frente al teatro de Apolo, cuando oí ruidosos aplausos, como pocas veces han resonado en los teatros.

—¿Qué pasa?—pregunté al portero, el cual me contestó:—Que está Julio Ruiz cantando la tonadilla del ciego en la zarzuela *Cádiz*.

Como no la había visto, entré, y ¡oh escándalo! ¡oh profanación! El público, delirante, frenético, pedía á palmadas y gritos la repetición. ¿De qué? De la siguiente impiedad:

Dos pastores se arriman á un árbol,
Por miedo á un gran trueno que los sorprendió.

Y allí cayó un rayo
Y á uno de ellos lo volvió carbón.

Y al uno sí y al otro no,
Y al otro sí y al uno no,
Y al que llevaba la estampa y reliquia
De San Crispinito...

Coro. ¿El qué?

Ciego. Á aquél lo mató.

Desde entonces, el otro mancebo,

Compraba estampitas de San Rafael.

Y así que notaba

Que el sol se empezaba á oscurecer,

Todo era cerrar,

Sacar y meter la estampa de San Rafael.

Y en cuantito que oía algún trueno

¿Sabéis lo que hacía?

Coro. ¿El qué?

Ciego. Tiraba el papel.

Quedé confuso, aterrado, sin explicarme dónde estaba, mientras el público seguía alborotando y pidiendo: ¡Otra! ¡otra!

Y volvió Ruiz á cantar, y la gente á aplaudir y yo á indignarme, hasta que, oyendo decir á varios espectadores que se podía ir al teatro sólo por oír aquella abominable canción, tomé la puerta, exclamando:

¡Oh, qué horror! ¡Hasta en los teatros representan ya Flores místicas!

Hermosa fué la tormenta que descargó sobre Alcalá de Chisvert hace algunas noches. Lluvia torrencial, piedra, granizo, relámpagos aterradoros y truenos espantosos... Sin duda el Cielo, indignado con los lectores de EL MOTÍN, apelaba á aquel medio para exterminarlos.

De pronto un trueno, más terrible que los demás, ensordece y aterra á los habitantes: ¿dónde habrá caído el rayo? Esto se preguntan todos, cuando ven arder una cosa en lo alto de la torre. ¡Cielos! ¡Si se habrá refugiado allí algún impío!

¡Fíjense con cuidado ¿y qué ven? ¡Oh! Ven á la estatua de San Juan Bautista que coronaba la torre, y que era de pino cubierta con una plancha de plomo, arder con tal entusiasmo, que iluminaba todo el pueblo; continuando así hasta que, al amanecer, cayó hecha pedazos en los tejados inmediatos.

Por si esto no era bastante á demostrar que la Providencia no llevaba intención de descargar su santa cólera sobre los excomulgados lectores de EL MOTÍN, envió otros cuatro rayos al ermitorio de San Benito, los cuales destruyeron su frontera y parte del altar, haciendo huir al ermitaño, su mujer y un niño que estaban allí rezando y encomendándose al santo. Por cierto que, habiéndoseles cerrado la puerta con los escombros, se vieron en los mayores apuros para escapar, y gracias á que con agua, granizo y truenos pudieron bajar del monte y refugiarse en una casilla del ferrocarril.

En vista de estas averías, sólo se me ocurre exclamar:

¡Cúmplanse los designios del Altísimo!

De El Cencerro:

«La escena pasa en cualquier confesonario, entre un deán, que ronca como los de Jaén, y una preciosa hermanita.

«Deán.—¿Y tú eres casada ó soltera?

«Hermanita.—Casada.

«Deán.—¿Casada, eh! Arrímate más á la rejilla. ¿Cómo se llama tu marido?

«Hermanita.—Se llama Fulanito de Tal.

«Deán.—¿Has dicho que se llama... Fulanito de Tal! Entonces tu marido es ese masón, ese hereje que escribe en ese papelucho indecente...

«Hermanita.—¡Por Dios, señor deán, no grite usted tanto! La gente nos mira...

«Deán.—¿Que no grite! Hasta los sordos me van á oír: lo necesario es que, ya que los hombres son tan impíos, las mujeres los conduzcan al seno de la Iglesia, y eso se consigue negándoles todo, ¿me entiendes?, negándoles todo, absolutamente todo.

«La hermanita, no pudiendo sufrir aquellos gritos, y muerta de vergüenza, tuvo un momento de energía y se retiró del confesonario; pero, al dar unos cuantos pasos, cayó desmayada.

«Acudieron las beatas á socorrer á la víctima; se multiplicaban el sacristán y los monagos en rociar con agua bendita el rostro de la penitente; aullaba el deán, y todo era en el templo de Dios confusión y escándalo.

«Volvió en sí la joven, y al llegar á su casa tuvo que meterse en la cama, presa de grave enfermedad.

«¿Preguntaban ustedes por el marido? ¡Ah! El marido, dice él que es republicano, masón y libre-pensador.

«Y yo digo que, con esta clase de republicanos y de libre-pensadores, medrada está la República.»

Tiene razón el querido colega. El mal, en estas cuestiones religiosas, no está en que los curas obren como lo hacen, sino en que los republicanos, masones y libre-pensadores no cumplan todos con su deber.

A pretexto de que en el Matadero público se la *dinaban*, cambiándoles las reses que para su consumo enviaban al sacrificio, los frailes de Santo Tomás de Avila pidieron á un concejal más neo que Calomarde que solicitase del Ayuntamiento permiso para que los reverendos apañasen su mataderito particular.

El Municipio no accedió á la súplica del piadoso concejal; pero éste, que es más pelma que un dominico, volvió á la carga en otra sesión, pidiendo que se autorizase á los frailezcos para matar los animales de la comunidad en horas

extraordinarias en el Matadero público, y los ediles, excepto dos concejales, concedieron la autorización pedida, y eso que la mayoría alardea de republicana.

Por lo demás, no deja de ser un consuelo para los pobres que están pereciendo de hambre, esto de que los del cerquillo estén en tal abundancia y tengan tales tragaderas que necesiten para su uso un matadero exclusivo.

Engordad, hermanos, y que os aprovechen vuestras suculentas magras.

Las aves de corral y otras aves que topan ó gruñen también engordan, pero ya sabéis para qué.

—¡No sé por qué causa—me decía un fraile viejo—le tengo hinchá á los números 34 y 35!

No es floja la tarea que se han traído los *cucarachas* Locches y Palacios de Santa Cruz de la Zarza, para ver si averiguaban la procedencia de una flor que EL MOTÍN dedicó al cura purgante; al primero.

Se vinieron en comandita á Madrid, y se volvieron tan frescos, sin averiguar una palabra y sin asomar su jeta por esta redacción, desesperados y trinando de tal manera, que me río yo del canario más sonoro.

Empezaron á chismorrear por el pueblo, preguntando, inquiriendo y volviéndose tarumbas, y el supuesto corresponsal no parecía, ni ha parecido, ni parecerá.

Verdaderamente, era para desesperarse; pero, ya que no atinaron con el verdadero autor de la noticia, la emprendieron con una respetable persona que no tiene arte ni parte en el asunto, y le colgaron el mochuelo, causándole muchas molestias y más de un disgusto en el seno de su familia.

Esto, á más de ser contra el octavo mandamiento, está penado en el Código, y no sería extraño que la persona ofendida los llevase á los tribunales por embusteros y calumniadores.

Lo cual que me alegraría.

No es incompatible el sacerdocio con la tauromaquia, y se pueden bien capear almas sin perjuicio de banderillear cornúpetos.

Buena prueba de esto es aquel presbítero-poeta que le soltó una oda á Mazzantini, que, si en la parte técnica demostraba ser un torero mayúsculo, en la versificación dejaba tamañito á Carulla.

Por eso no puedo menos de censurar la conducta del seminarista de Ciudad-Real que ha dejado la capa del toreo eclesiástico para tomar la del toreo profano.

Vuelva el presunto Montes al seminario, que allí, en los espaciosos claustros, puede satisfacer sus toreros instintos, y, entre lección de Guri y capítulo de Lárraga, le puede echar un capote al mismísimo director, si se ocurre; pues aún cuando el Concilio de Trento prohíbe á los curas asistir á las corridas, hay mucho cura torero por esos mundos de Dios.

¡Menudas peloterías arma con su esposa mística el párroco de un pueblo inmediato á Madrid, por asuntos de tauromaquia! Y dicen que dice el ama (casada con marido ausente): «Entre la tartana, el billete y la *juerga* que se corre los domingos, adiós mis misas, digo, las suyas. ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Nunca se harta de cuernos!»

Me gustan los hombres prácticos en negocios, como lo es el cura de Saucelle (Salamanca).

Por una mala costumbre, es corriente en dicho pueblo, cuando un vecino se larga para el otro barrio, dar la familia al *parroquidermo* tres fanegas de trigo.

Los que, por conveniencia ó pobreza, no se lo pagan á la vista, tienen la obligación de llevar durante un año todos los domingos una ofrenda, que consiste en un pan de dos libras.

Pues bien, mi presbítero, con objeto de que no le escatimen ni un adarme en el obligatorio pan, se ha comprado una romana, y con ella pesa y repesa en la sacristía el artículo, y cuando está una miajita falto lo devuelve, diciendo,

según parece, que á él no se la da ningún chato.

¡Así me gusta! ¡No faltaría ya más sino que hubiera gente tan pretenciosa que presumiera tener bastante talento para estafar á un cura!

No se dirá que las misiones no producen opios y sazonados frutos.

¡Vaya si los producen! ¿De dónde salen si no esas reyertas matrimoniales, esas discordias entre las familias y esas palizas que en los pueblos de corto vecindario se propinan creyentes é incrédulos á raíz de una misión?

En Loja, donde, como ustedes saben, anda revuelto el cotarro desde que estuvieron los jesuitas, no ganaron nada las almas, pero en cambio los cuerpos tampoco están de enhorabuena.

Sin ir más lejos, en el colegio de San José hubo un alumno que no pudo asistir á las funciones religiosas, y sus condiscípulos, para demostrarle las nociones de caridad que les habían inculcado los misioneros, la emprendieron á bofetadas con él, insultándole groseramente, llamándole incrédulo, ateo y otra porción de groserías.

¡De tal semilla tal fruto!

El *pater* de Bercianos de Vidriales se portó como un héroe en la elección de un diputado provincial verificada el 21 de Noviembre último, presentándose después en Benavente con el acta. Acta que resultaría sucia, aunque no tuviera protestas, en el mero hecho de ser *curiana* el interventor.

Después volvióse santamente á su mansión de la tierrecita á descansar de semejantes ejercicios espirituales, entregando, al llegar, las riendas de la bestia que lo había conducido, á la casta Dulcinea que ganó en ruda batalla á otro *parrocn*.

No sé si sus feligreses, en tanto él andaba en tales líos, bailaban de alegría al verse libre de su enfadosa presencia.

Pero supongo que sí.

Sea porque no haya llegado á su destino ó porque lo haya perdido la persona interesada, el caso es que ha venido á mi poder un oficio firmado por el rector del oratorio del Santísimo Sacramento del Olivar, en que se suplica á una doña Josefa A. que asista á la mesa de petitorio el día 10 del corriente, á fin de recaudar *quita* para el novenario de la Purísima Concepción, «por no contar para tan piadoso fin con más fondos que los que proporciona la caridad de los fieles devotos de tan cariñosa Madre.»

Si la señora á quien la comunicación va dirigida gusta recogerla, puede pasarse por esta redacción cuando lo juzgue oportuno; advirtiéndole que, aunque excomulgados y todo, somos muy galantes con las señoras, y doblemente si son bonitas.

El 28 del mes último se fugaron de Salamanca dos amantes. El macho era sacristán.

Pero no es esto lo que me admira, pues de sucesos semejantes están llenas las historias, sino que *El Fomento*, periódico de aquella ciudad, comente así la noticia:

«Lo particular del caso es que parece ser que el novio ha birlado la muchacha á otra persona, que á estas fechas debe hallarse muy afligida por la irreparable pérdida que ha sufrido.»

¿Si habrá quedado viudo algún cura?

¿Quién te mete en honduras, *clericeronte* de San Pablo de Zaragoza, ó *rompe-bodas*, como te llaman ya por ahí? ¿Qué cosas no le dirías á la buena muchacha que fue á confesarse contigo momentos antes de casarse, cuando renunció al tálamo nupcial?

Dicen las gentes que tienes mucha trastienda, y algunos se atreven á asegurar que no te resignabas á ver á la joven

Como tesoro robado
Que llevan brazos ajenos.

Calumnias, por supuesto. Escribeme reservadamente lo que haya en el asunto, y te regalaré *La Llave de oro* del P. Claret, para que sepas trastear á tus confesandas con toda la habilidad que se requiere.

Ruego á mis amigos de Ribadeo que indaguen sobre qué pueblo de la Vega vive un cura que estuvo hace pocos días en aquella población á contraer matrimonio místico y se llevó una esposa de empuje y buenas carnes.

Interesa al buen servicio de moralización del clero.

No paso á creer, curita de Tetuán de las Victorias, semiarrabal de Madrid, que te negaras á llevar los últimos Sacramentos á una moribunda, so pretexto de que, al casarse, no había soltado los metales en tu despacho.

Si así fuera, ¿en qué se iban á distinguir Tetuán de Madrid y Tetuán de Africa?

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La empresa del *Diccionario Biográfico, Geográfico, Estadístico y de la Lengua española*, en vista del extraordinario éxito obtenido, y atendiendo á las indicaciones del público, ha decidido activar la publicación, repartiendo dos entregas de ocho páginas por semana en vez de una á los suscriptores que lo deseen.

Ya hemos recibido la entrega 24 de este interesante *Diccionario*.

Se suscribe en la Administración, Paseo del Prado, 30, principal, y en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 6.

Acaban de publicarse los libros *El Socialismo utópico y el Socialismo científico*, por Federico Engels, y *La Ley de los salarios y sus consecuencias*, por Julio Guesde.

El primero constituye el segundo volumen de la *Biblioteca de EL SOCIALISTA*, y el de Guesde el tercero.

Como el nombre de ambos escritores socialistas es bien conocido, y el título de sus libros denota la importancia de su contenido, nos creemos relevados de recomendar su adquisición.

Véndese á 30 céntimos el primero y á 20 el segundo, en la Administración de *El Socialista*, Hernan-Cortés, 8, principal derecha.

Hemos recibido un ejemplar de la 3.^a edición de la importante obra sociológica *Los huérfanos*, original de D. Ubaldo Romero Quiñones, publicada por cuenta de la popular Asociación Cooperativa y de Socorros mutuos establecida en las Baleares bajo la denominación de *Unión Obrera Balear*.

Agradecemos el envío á tan importante centro obrero, y recomendamos la obra á nuestros lectores, que no juzgamos, por haberlo hecho cuando se publicó por primera vez.

El director general de Aduanas nos ha remitido—y se lo agradecemos—un ejemplar de la Estadística general del Comercio exterior de España en 1885.

Hemos recibido los cuadernos 5.^o á 8.^o de la *Historia general de España* que escribe el catedrático de la Universidad Central D. Miguel Morayta y publica el conocido editor D. Felipe González Rojas.

Sin perjuicio de juzgarla cuando esté más adelantada la publicación, diremos por hoy que no nos sorprende el fabuloso éxito que está obteniendo dicha obra, dado el recomendable nombre de su autor y el esmero con que está hecha la edición.

Al cuaderno 6.^o acompaña una preciosa lámina al cromó, copia del bellísimo cuadro del Sr. Nin y Tudó *Los héroes de la Independencia española*.

Se suscribe al precio de dos reales cada cuaderno en casa de su editor, calle de San Rafael, núm. 9 (barrio de Pozas), Madrid, y en las de sus corresponsales de provincias.

La Niñera (El Ahorcado de la Baumette), Madrid.—Tipografía de Lucas Polo, Lope de Vega, 45.

Acaba de ponerse á la venta esta interesante novela, al precio de dos pesetas, en las principales librerías.

ALMANAQUE DE EL MOTÍN PARA 1887.

Se ha puesto á la venta en esta Administración y en las principales librerías.

Los señores que lleven un año suscritos al periódico en Madrid pueden desde luego pasar á recoger el ejemplar que les regalamos, previa presentación del último recibo.

Los que no lleven aún ese tiempo tendrán también derecho á recibirlo gratis, siempre que renueven las suscripción por seis meses.

Los de provincias que se entienden directamente con esta Administración obtendrán iguales ventajas dentro de las mismas condiciones, y los que tengan derecho al ALMANAQUE, y no lo hayan recibido antes del día 15 del actual, se servirán pasar aviso.

Los demás, esto es, los que no lleven un año ni se suscriban por seis meses, sólo tendrán derecho á recibirlo con el 25 por 100 de rebaja.

MADRID: 1886.

IMPRESA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4